

La contrarrevolución en el exilio: Clérigos y conservadores ecuatorianos en Pasto en los primeros años de la Revolución liberal ecuatoriana, 1895-1902

ALEXIS MEDINA

Université de Franche-Comté, CRIT EA 3224

Resumen

El artículo busca analizar las prácticas políticas de los conservadores y clérigos ecuatorianos exiliados en Pasto en los primeros años de la Revolución liberal, las cuales iban desde las expediciones armadas hasta una intensa actividad editorial. La experiencia del exilio contribuyó a redefinir el conservadurismo ecuatoriano, pero también reveló la porosidad de la frontera entre Ecuador y Colombia y el carácter transnacional del enfrentamiento entre conservadores y liberales en los países andinos en el siglo XIX.

Palabras clave: exilio; conservadurismo; Revolución liberal; frontera; Ecuador

Abstract

This paper aims to analyze the political practices of the Ecuadorian conservatives and clergymen exiled in Pasto during the first years of the Liberal Revolution. These practices included armed incursions as well as an intense editorial activity. The experience of exile contributed to redefining Ecuadorian conservatism and also revealed the porosity of the border between Ecuador and Colombia and the transnational dimension of the struggle between conservatives and liberals in the Andean countries in the nineteenth century.

Keywords: exile; conservatism; Liberal Revolution; border; Ecuador

En las primeras décadas de vida del Ecuador, las fronteras con Colombia y Perú, además de la propia existencia del país como Estado independiente, estaban lejos de quedar definitivamente establecidas. No solo los conflictos territoriales con sus vecinos pusieron en jaque la estabilidad de las fronteras del Ecuador, sino también el enfrentamiento entre conservadores y liberales, que Carlos Espinosa denomina como “política transnacional”, puesto que se trataba de un enfrentamiento armado de alcance continental que superaba las fronteras.¹ En el siglo XIX, era común que los Estados andinos intervinieran en el juego político interno de sus vecinos, que recibieran y armaran a los refugiados de los otros países y que enviaran fuerzas militares del otro lado de la frontera en apoyo de un bando u otro. El afán de estas acciones era, por un lado, mostrar solidaridad con fuerzas ideológicas afines, pero también lograr la constitución de gobiernos amigables en países vecinos. En este contexto, “los perdedores en las guerras civiles naturalmente se refugiaban en los países vecinos y buscaban la ayuda de sus contrapartes ideológicas en los países vecinos para volver a la arena del conflicto”.²

El sur del Cauca, en particular, fue un refugio para los exiliados ecuatorianos, ya fueran conservadores o liberales, a lo largo del siglo XIX. El escritor liberal Juan Montalvo, por ejemplo, se refugió en Ipiales y Pasto para escapar de la represión del presidente conservador Gabriel García Moreno (1860-1865 y 1869-1875) o del presidente liberal Ignacio de Veintemilla (1877-1883). Si bien Carlos Espinosa evoca la circulación de los exiliados entre el Ecuador y sus vecinos en las primeras décadas de vida independiente del país (1830-1870), Colombia siguió dando asilo a los emigrados políticos en décadas posteriores. Pasto, en particular, se convirtió en la principal base de operaciones de los conservadores ecuatorianos que huían del triunfo de la Revolución liberal en 1895.

Para ese entonces, se habían consolidado tres grandes corrientes políticas en el país. Una de ellas era el conservadurismo, que reivindicaba el legado del presidente Gabriel García Moreno. Este buscó a la vez modernizar la sociedad y construir un Estado confesional, la República del Corazón de Jesús, en el marco de un proyecto político calificado por la historiografía reciente como parte de la “modernidad católica”.³ Por otro lado, en oposición al conservadurismo garciano, el liberalismo fue definiendo de manera más precisa su identidad política y ganando terreno. Tras la muerte de García Moreno, se conformó un gobierno liberal dirigido por el general Ignacio de Veintemilla que, sin embargo, al cabo de pocos años, terminó perdiendo el apoyo de una parte de los liberales. En 1883, fue derrocado por una amplia coalición que reunía a los liberales radicales encabezados por Eloy Alfaro, los conservadores y una tercera corriente, el progresismo, que se hizo con el poder. Los gobiernos progresistas (1883-1895) buscaban encarnar una tercera vía entre el conservadurismo y el

liberalismo. No estaban dispuestos a romper con el modelo de la República del Sagrado Corazón, pero estaban abiertos a ciertas reformas en las relaciones entre la Iglesia y el Estado.⁴

Cuando en 1895, en medio de una grave crisis política, renunció el último presidente progresista, se constituyeron dos gobiernos, uno conservador en Quito, dirigido por el vicepresidente Vicente Lucio Salazar, y otro liberal en Guayaquil, encabezado por Eloy Alfaro. El enfrentamiento era inevitable y se produjo en la batalla de Gatazo, de la que Alfaro salió victorioso. Desmoralizado, Salazar renunció y entregó el poder a su ministro del Interior, Aparicio Ribadeneira. Frente al avance liberal, este decidió abandonar Quito y refugiarse en Pasto con lo que quedaba de su ejército y con los sacerdotes de la provincia de Manabí. El clero de esta provincia estaba encabezado por el obispo de Portoviejo, Pedro Schumacher, un lazarista alemán que representaba el ala más intransigente de la Iglesia ecuatoriana. Cuando en 1895 los liberales ganaron terreno en la Costa y rodearon Portoviejo, Schumacher decidió evacuar la ciudad, junto con el clero de Manabí y el batallón n°4 del ejército. Se refugiaron en Quito y luego acompañaron a Ribadeneira a Pasto.

Como han señalado Carlos Espinosa y Cristóbal Aljovín de Losada, en el último cuarto del siglo XIX, las tres corrientes políticas, conservadurismo, progresismo y liberalismo, reivindicaban valores comunes, como las nociones de República, progreso, libertad o civilización, aunque cada una las definiera a su manera.⁵ Son precisamente estas divergencias en cuanto a las definiciones de los conceptos políticos las que contribuyeron a delimitar los contornos ideológicos de las tres corrientes que, para los años 1890, eran claramente identificables. En ese contexto, los conservadores decidieron oponerse férreamente a los liberales cuando estos tomaron el poder en 1895 y empezaron a aplicar paulatinamente su programa secularizador. Las diferencias irreconciliables con los liberales llevaron a muchos conservadores a exiliarse a Perú o Colombia en 1895 y a organizar expediciones desde estos países con el objetivo de poner fin al gobierno liberal de Alfaro. Para los conservadores, el liberalismo, ahora en el poder, representaba una amenaza de apostasía social y de descristianización y, por lo tanto, el fin de la nación católica organizada bajo el modelo de la República del Sagrado Corazón. En esas condiciones, no había transacción posible con el nuevo régimen liberal. Como lo indica Hidalgo Nistri, el discurso conservador se inscribía en una retórica apocalíptica y milenarista que dominaba el *ethos* conservador de fines del siglo XIX. A ojos de los conservadores, el largo enfrentamiento con los liberales constituía un ciclo histórico que se terminaría con una batalla “entre los ejércitos de Cristo y los del anticristo. [...] Dos bandos irreconciliables daban la última y definitiva batalla, los *hijos de la luz* contra

los *hijos de las tinieblas*. No había términos medios. [...] El evento sería una conflagración total después de la cual ya nada sería igual”.⁶

De manera general, son escasos los estudios sobre los exilios políticos en o desde Ecuador, y más aún en lo que atañe al éxodo conservador de 1895, que será el objeto de este artículo. Nuestro propósito es analizar el papel que desempeñaron en la contrarrevolución los clérigos y conservadores ecuatorianos exiliados en el sur del departamento del Cauca tras el triunfo de la Revolución liberal. En las fuentes que consultamos, los conservadores prefieren usar otros términos, como “revolución” o “restauración” para referirse a sus campañas contra el gobierno de Alfaro, más que “contrarrevolución”. Sin embargo, preferimos usar este término para distinguir el proyecto político de los conservadores, que consistía en restaurar la República del Sagrado Corazón, de la Revolución liberal que emprendió un proceso de paulatina secularización.

Por un lado, buscaremos definir las prácticas políticas de los exiliados. En uno de sus estudios, Carlos Espinosa y Cristóbal Aljovín de Lozada analizaron los repertorios de acción del clero ecuatoriano en la disputa por la secularización, el debate central de la vida política en el período entre la muerte de García Moreno en 1875 y la separación de la Iglesia y del Estado en 1906.⁷ Los autores distinguen los repertorios rutinarios (la censura, la excomunión, la intervención electoral) y los repertorios extremos (el apoyo a levantamientos armados). La Iglesia y los conservadores recurrieron a las prácticas más extremas cada vez que los liberales estuvieron en el poder, primero en tiempos de Veintemilla, entre 1876 y 1883, luego durante el primer mandato de Eloy Alfaro, entre 1895 y 1901.⁸ En realidad, en este último periodo, los exiliados en Colombia combinaron ambos tipos de prácticas, que resultaban complementarias: organizaron incursiones armadas desde el Cauca, pero también desarrollaron una intensa actividad editorial.

Además de las prácticas políticas de los emigrados, procuraremos definir el papel que el exilio jugó en el itinerario de los principales dirigentes conservadores refugiados en Pasto, pero más generalmente en la reconfiguración del conservadurismo como corriente política. En otras palabras, se tratará de determinar en qué medida la experiencia del exilio en Pasto y el fracaso de la contrarrevolución contribuyeron a transformar la naturaleza del conservadurismo ecuatoriano. La Revolución liberal (1895-1912) representó la culminación del enfrentamiento entre conservadores y liberales en Ecuador, al transformar los criterios de definición de las identidades políticas. Tras la separación de la Iglesia y del Estado en 1906, la secularización dejó de ser el clivaje central y, si bien las rivalidades entre conservadores y liberales no desaparecieron, el centro del debate político se desplazó hacia la cuestión social. Nuestra hipótesis es que el exilio conservador a inicios de la Revolución liberal no solo se inscribió

en este contexto particular, sino que el fracaso de la contrarrevolución, que no logró deshacerse de los gobiernos liberales, contribuyó a reorientar la estrategia del conservadurismo.

Para examinar los temas aquí propuestos, nos basamos principalmente en los escritos publicados por los conservadores ecuatorianos en el sur del Cauca entre 1895 y 1900. Se trata únicamente de los documentos accesibles en los archivos y bibliotecas de Ecuador, como la Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit. Sin embargo, el Archivo histórico de Pasto contiene igualmente documentos relevantes para el tema que nos interesa, aunque aún no hayamos podido acceder a él. Por lo tanto, este texto debe ser visto solamente como una primera aproximación al exilio conservador ecuatoriano en el sur de Colombia, que deberá ser enriquecida con nuevas fuentes. A pesar de todo, las fuentes consultadas nos permiten reconstituir, al menos parcialmente, la circulación de los escritos de los exiliados y las polémicas transnacionales que provocaron. De este modo, se podrá analizar el papel de la frontera en el conflicto entre conservadores y liberales y su carácter poroso, en la medida en que las personas y los escritos circulaban a ambos lados de la frontera, provocando una expansión transnacional de la arena política.

Pasto, centro de la contrarrevolución armada

Durante el primer mandato de Alfaro, existieron cuatro grandes focos de la contrarrevolución: en el interior del país, las provincias del centro y, en el sur, la provincia del Azuay, donde abundaron los levantamientos conservadores; en el exterior, los dos principales centros fueron zonas fronterizas donde se habían refugiado parte de los conservadores ecuatorianos, el norte del Perú, en torno a Paita y Piura, y la zona de Pasto e Ipiales en el sur de Colombia. De todos estos focos, Pasto se convirtió en el más importante. La ciudad era la sede de las dos ramas de la oposición al nuevo régimen liberal: la oposición político-militar encarnada por Ribadeneira y la oposición eclesiástica encabezada por Schumacher. Los conservadores refugiados en Pasto eran los que contaban con más hombres y recursos. De hecho, los exiliados en Perú veían a las fuerzas del sur de Colombia como la clave de la victoria contra Alfaro.⁹

Los exiliados contaron con el respaldo de los conservadores colombianos, que dominaban el departamento fronterizo del Cauca. Varias autoridades locales recibieron a Ribadeneira a su llegada en septiembre en 1895, tanto jefes militares como los generales conservadores Miguel Montoya y José María Domínguez, como los prefectos de las provincias de Túquerres y de Pasto.¹⁰ Uno de los principales aliados de los exiliados ecuatorianos era el obispo de

Pasto, Ezequiel Moreno Díaz, nombrado en diciembre de 1895. En cuanto al gobierno central, aceptó la instalación de los emigrados conservadores en el Cauca. A pesar de la hostilidad de ciertas autoridades locales y de ciertos intentos por desarmarlos,¹¹ el gobierno colombiano mantuvo globalmente una actitud de neutralidad benevolente. El gobierno de Miguel Antonio Caro no intervino directamente en el conflicto entre liberales y conservadores ecuatorianos, pero toleró que estos permanecieran en su territorio y que continuaran conspirando contra el gobierno de Alfaro.

La contrarrevolución ecuatoriana en Pasto contaba con varias figuras, cuyo perfil analizaremos a continuación. El principal dirigente civil era Aparicio Ribadeneira Ponce, que para 1895, tenía una dilatada carrera política: había sido concejal de Quito y diputado. Provenía además de una de las principales familias conservadoras del Ecuador. Su tío, Camilo Ponce, había sido el principal dirigente de los conservadores en el periodo progresista y candidato en las elecciones presidenciales de 1892. Ribadeneira, por su lado, fue nombrado ministro del Interior por Salazar en 1895 y, cuando este renunció tras la batalla de Gatazo, se convirtió en el nuevo jefe de gobierno. Ribadeneira evacuó Quito con lo que quedaba de las fuerzas conservadoras, pero también con varios civiles, incluyendo a su esposa y sus hijos.¹² Se refugió en Tulcán, luego en Ipiales y en Pasto. En esta ciudad, Ribadeneira constituyó las “Fuerzas restauradoras”, un ejército contrarrevolucionario formado por unos pocos cientos de exiliados ecuatorianos que tenía por objetivo derrocar al liberalismo mediante varias incursiones organizadas desde Colombia. Entre los exilados también se encontraba Clemente Ponce, primo de Aparicio Ribadeneira, y también sobrino de Camilo Ponce. Se trataba de un abogado conservador que había combatido vehementemente en varios impresos a los gobiernos progresistas y, a partir de 1895, a los liberales. Aparicio Ribadeneira y Clemente Ponce eran ambos civiles. Mientras Ribadeneira representaba la cabeza política de la contrarrevolución, al encarnar la continuidad con el último gobierno conservador de Quito, Ponce aparecía como el principal apologista de las Fuerzas restauradoras debido a su intensa actividad editorial.

Fuera de los representantes de la familia Ponce, los principales dirigentes conservadores eran militares. El general José María Sarasti tenía una larga carrera combatiendo a los liberales. En 1883, se enfrentó al presidente liberal Ignacio de Veintemilla, en el marco de una incómoda alianza con Alfaro, jefe de los liberales radicales. En ese entonces, el propio Sarasti se definía aún como un “liberal sincero”.¹³ La ruptura con Alfaro se consumaría al año siguiente, en 1884, primero debido a una polémica entre los dos generales sobre el papel de cada uno en el derrocamiento de Veintemilla, luego a finales de año, a partir de la rebelión alfarista iniciada el 15 de noviembre de 1884.¹⁴ Durante los gobiernos

progresistas, precisamente marcados por los levantamientos liberales radicales, Sarasti ejerció varias veces como ministro de la Guerra, hasta 1895, cuando Alfaro fue proclamado Jefe Supremo de la República. Durante la primera presidencia de Alfaro, Sarasti organizó guerrillas conservadoras en las provincias centrales del Ecuador. Tras ser derrotado, en 1900 se instaló en Ipiales, donde se convirtió por unos meses en comandante en jefe de la Fuerzas restauradoras.¹⁵

Ricardo Cornejo, igualmente militar, se había desempeñado como gobernador de la provincia de Esmeraldas hasta abril de 1895. En el mes de junio, dirigió el batallón n°4 que combatió a los liberales en la provincia de Manabí y luego escoltó al obispo Schumacher hasta Quito y luego a Colombia.¹⁶ En cuanto a Antonio Vega Muñoz, se trataba de un militar proveniente de una de las principales familias de la élite cuencana. Durante casi todo el periodo progresista, ocupó el cargo de comandante en jefe del distrito militar del Azuay, es decir jefe del ejército en la zona sur del país. Tras el triunfo de la Revolución liberal, Vega encabezó un levantamiento conservador en julio de 1896 que le permitió retomar el control de la provincia del Azuay por mes y medio. El propio Alfaro tuvo que dirigir una intensa campaña para derrotarlo.¹⁷ Antonio Vega se exilió entonces por algunos años en Perú, pero en 1900 se dirigió por un tiempo a Pasto para coordinar la campaña contra el gobierno liberal con las fuerzas de Ribadeneira.¹⁸

Otro personaje digno de mención es Miguel Ángel González Páez, un militar conservador que acompañó a Aparicio Ribadeneira de Quito a Colombia. Al poco tiempo, a fines de 1895, volvió a Ecuador, donde participó en varias conspiraciones con los conservadores de Quito y Cuenca. Después de pasar un tiempo en la clandestinidad, atacó al gobierno de Alfaro en la prensa, primero publicando en Quito su propio periódico, *El Luchador*, entre 1896 y 1897, y luego participando en la redacción del periódico conservador *El Industrial* en 1898. A fines de ese año, estuvo involucrado en un gran levantamiento conservador en el centro del país dirigido por Sarasti, pero tras la derrota de los conservadores, fue detenido y desterrado. Se exilió en Valparaíso hasta la amnistía que el presidente Leonidas Plaza otorgó a los conservadores cuando llegó al poder en 1901.¹⁹

Pasto se convirtió entonces en el principal centro de la contrarrevolución. No solo era su epicentro político por la presencia de Ribadeneira, sino que llegó a ser en un lugar de paso obligado para las grandes figuras conservadoras que primero habían combatido en otros espacios, como Sarasti y Vega. Los casos hasta aquí mencionados muestran la amplia circulación de los exiliados conservadores, que cruzaban constantemente las fronteras entre Colombia, Ecuador, Perú y Chile. Ribadeneira, por ejemplo, logró enviar agentes suyos a Ecuador, como González Páez.

Precisamente la dispersión de los conservadores dificultó la constitución de un frente común contra Alfaro. En Pasto, el principal jefe militar era Ricardo Cornejo, que ostentaba el título de comandante general de la División Restauradora del Norte,²⁰ pero fue reemplazado por Sarasti, que asumió el cargo por unos meses en 1900. Aparicio Ribadeneira, como ministro del último gobierno reconocido por los conservadores, asumió el título de Director de la Guerra y encarnó la rama civil de la resistencia al nuevo gobierno liberal en Ecuador. Mientras tanto, los conservadores que permanecieron en Quito se organizaron en un Comité o Directorio central, que reunía a los dirigentes tradicionales como Camilo Ponce o José Modesto Espinosa, pero también progresistas como Antonio Robalino o Francisco Ignacio Salazar. Este Comité intentó coordinar las acciones de los conservadores que se encontraban tanto en Ecuador como en el exilio, pero siempre reconociendo la autoridad de Aparicio Ribadeneira en Pasto. Sus funciones también incluían recaudar y proporcionar recursos financieros y armas a los contrarrevolucionarios, tanto a los que se encontraban en el territorio nacional como en Colombia.²¹ Sin embargo, no tardaron en surgir organizaciones rivales. En Lima, se formó un nuevo Comité dirigido por un hijo del general Sarasti que, según González Páez, terminó entorpeciendo la actuación de Ribadeneira y del Comité central de Quito.²²

Con el tiempo, la autoridad de Ribadeneira se deterioró, hasta que dejó de ser considerado como el depositario de la legitimidad política. Estaba claro que, si los conservadores lograban derrocar a Alfaro, no sería necesariamente Ribadeneira quien tomaría el poder. En 1900, Antonio Vega intentó unificar a los exiliados desperdigados por Panamá, Colombia, Perú y Chile para convencerles de formar un tirunvirato o un pentavirato en caso de derrotar a Alfaro. Este nuevo gobierno estaría compuesto por el conservador cuencano Rafael María Arízaga, el liberal moderado José María Sáenz y Miguel Seminario, miembro de una de las principales familias cacaoteras de la Costa. A este gobierno también se incorporarían eventualmente Ribadeneira y Sarasti.²³ Para 1900, Ribadeneira ya no era considerado como el jefe supremo de los conservadores, sino como un actor más dentro de la contrarrevolución.

En todo caso, durante todo el primer mandato de Alfaro, Ribadeneira organizó varias expediciones desde Pasto contra el gobierno ecuatoriano. Las incursiones desde Colombia fueron numerosas, pero las fuerzas conservadoras estaban en inferioridad numérica frente al ejército liberal y rara vez conseguían coordinar sus operaciones con las guerrillas presentes en Ecuador y en el norte de Perú. En 1896, por ejemplo, fueron incapaces de socorrer la lejana rebelión conservadora de Cuenca, en el sur del país. Sin embargo, la campaña que los conservadores lanzaron en los últimos días de 1898 y los primeros de 1899 fue la ocasión en la que más cerca estuvieron de derrocar a los liberales. Se produjeron algunas

incursiones desde Perú además de levantamientos en las provincias del centro y en la provincia del Azuay. Una fuerza conservadora considerable al mando de Cornejo logró cruzar la frontera con Colombia y avanzar hacia el centro del país, donde se unió a las fuerzas de Sarasti. Los conservadores lograron constituir un ejército considerable de cerca de mil trescientos hombres. Sin embargo, el ejército liberal estaba mejor armado y era más numeroso y los derrotó en la batalla de Sananajas, en enero de 1899.²⁴ Muchos conservadores murieron, fueron heridos o apresados o simplemente se dispersaron. Después de esta derrota, no volvería a haber intervenciones militares de igual envergadura por parte de los conservadores exiliados en Colombia.

No obstante, la situación en la frontera seguía siendo inestable. En 1899 estalló la Guerra de los mil días en Colombia. En torno a la frontera se constituyeron dos bandos: por un lado, el bando conservador formado por las autoridades locales del departamento del Cauca, el clero de la diócesis de Pasto encabezado por Ezequiel Moreno Díaz y los exiliados ecuatorianos; por otro, el bando liberal formado por el gobierno ecuatoriano y los exiliados colombianos en Ecuador, como Benjamín Herrera o Avelino Rosas. Los liberales colombianos encontraron en los gobiernos de Eloy Alfaro en Ecuador y de Cipriano Castro en Venezuela a sus mejores aliados. De hecho, no es coincidencia que dos de los principales teatros de operación de la Guerra de los mil días fueran departamentos fronterizos: el Cauca, limítrofe con Ecuador, y sobre todo Santander, limítrofe con Venezuela.²⁵

El inicio de la guerra civil en 1899 volvió inevitable el conflicto entre los dos bandos presentes a ambos lados de la frontera. Cada uno intentó invadir el territorio del otro, aunque sin éxito. Entre marzo y julio de 1900, se produjeron varias escaramuzas, ya fuera en Tulcán, ya fuera en Ipiales, pero sin resultados contundentes de un lado u otro.²⁶ El conflicto estaba estancado y ni el gobierno de Colombia ni el de Alfaro deseaban adentrarse en una guerra a gran escala. En ese contexto, el 15 de julio los dos países llegaron a un acuerdo por el que cada uno se declaraba neutral en los conflictos internos de su vecino.²⁷ Ambos reconocían haber ayudado a los enemigos del otro, pero hacían recaer la responsabilidad en las iniciativas de las autoridades locales. Ninguno de los dos países hizo pedidos de extradición, cada uno se contentó con que el otro se comprometiera a desarmar a los rebeldes extranjeros presentes en su territorio y a internar a sus cabecillas en ciudades alejadas de la frontera. Aunque las fuentes consultadas no nos dan detalles sobre las tentativas de un país u otro para controlar a los emigrados, estas sí deben haber surtido efectos, puesto que el nivel de beligerancia en la frontera se atenuó en los meses siguientes. Solo se observó una escaramuza menor a los pocos días, el 21 de julio, y un último

intento de invasión desde Colombia dirigido por Sarasti, que no se concretó, entre noviembre y diciembre de 1900.²⁸

No era la primera vez que Ecuador firmaba un acuerdo en el que se comprometía a no intervenir en los asuntos internos de sus vecinos. En 1852, por ejemplo, el presidente conservador de Perú, José Rufino Echenique, apoyó una expedición de Juan José Flores, que intentaba retomar el poder en Ecuador. Tras el fracaso de esta campaña, en 1853 ambos países firmaron un tratado de paz en el que cada uno se comprometía a no desestabilizar a su vecino.²⁹ A lo largo del siglo XIX, el enfrentamiento entre conservadores y liberales desbordó las fronteras de los países andinos, configurando un juego político transnacional, en el que los conflictos en un país terminaban afectando la estabilidad de sus vecinos.

La amenaza de incursiones desde el norte llevó al gobierno ecuatoriano a tomar todo tipo de precauciones. A fines de 1898, cuando eran inminentes los levantamientos conservadores del centro y sur del país y la invasión desde Colombia y Perú, Alfaro declaró al ejército en campaña y obtuvo las facultades extraordinarias, que conservó durante el resto de su mandato.³⁰ Alfaro también nombró en cargos claves en la frontera norte a personas de confianza: Daniel Andrade, hermano de Roberto Andrade, uno de los más estrechos colaboradores de Alfaro, fue nombrado gobernador de la provincia del Carchi, y los hermanos Rafael y Nicanor Arellano, respectivamente jefe de operaciones en el norte y ministro de Guerra.³¹ Los hermanos Arellano se destacaban por su activa participación en los numerosos levantamientos alfaristas de los años 1880.

Desde el estallido de la Revolución en 1895, los liberales no consideraban a los conservadores como verdaderos exiliados, es decir personas desterradas por la fuerza por orden de las autoridades, sino como agitadores que, debido a su fanatismo, se habían expatriado por sí mismos.³² En realidad, el gobierno de Alfaro rara vez llegó a emitir órdenes de destierro como tales. Como las constituciones anteriores, la Constitución de 1896 permitía al Consejo de Estado otorgar al poder ejecutivo facultades extraordinarias en caso de grave convulsión política. Estas facultades incluían la capacidad del gobierno de dictar órdenes de confinamiento, es decir un destierro interno, para quienes representaran una amenaza al orden público. Por lo general, los rebeldes conservadores capturados en territorio ecuatoriano podían escoger entre ser confinados en el territorio nacional pero lejos de su lugar de residencia, o pedir pasaporte para exiliarse en el extranjero, por lo general en el país de su elección. No se trataba de una situación nueva. En periodos anteriores, los gobiernos también usaban las facultades extraordinarias para confinar o expulsar del país a sus opositores. En el periodo progresista, por ejemplo, numerosos liberales que fueron víctimas de órdenes de confinamiento prefirieron exiliarse. Perú se convirtió en su principal destino y, para 1886, se había constituido una nutrida comunidad liberal ecuatorio-

riana en Lima, que contaba entre sus filas al propio Alfaro. Bajo la Revolución liberal, el conservador González Páez, tras ser capturado a principios de 1899, fue conducido a Guayaquil para ser desterrado a Nicaragua, aunque finalmente prefirió dirigirse a Chile.³³

La actividad editorial contra el liberalismo en el exilio

La ciudad de Pasto no solo fue la base de operaciones de las fuerzas contrarrevolucionarias, también se convirtió en el centro de una importante actividad editorial para los conservadores ecuatorianos exiliados. Se fue configurando entonces a partir de 1895 una opinión pública del exilio en el sur del Cauca, que alimentó polémicas transnacionales mediante textos que circulaban a ambos lados de la frontera.

Tres grandes imprentas publicaron los escritos de los exiliados ecuatorianos. El obispo de Pasto, Ezequiel Moreno Díaz, no solo recibió al clero de la provincia de Manabí y a su obispo, Pedro Schumacher, sino que también les abrió las puertas de la imprenta de la diócesis, que publicó sus escritos.³⁴ Por su lado, Clemente Ponce creó su propia imprenta, que en 1897 publicó cartas pastorales y folletos tanto de Moreno Díaz como de Schumacher. Ponce también tenía la intención de fundar un periódico titulado *La Patria*, del que finalmente solo se publicó un número. Una tercera imprenta, llamada Imprenta de la verdad, funcionó en Pasto en 1900 y publicó folletos de Schumacher.

Los exiliados se interrogaban por el sentido de los escritos que publicaban en el sur de Colombia. Clemente Ponce, en su periódico *La Patria*, se preguntaba: “¿Por qué escribimos, para qué escribimos los pocos ecuatorianos que, ausentes del caro suelo de la Patria, desde lejos la seguimos y contemplamos?”³⁵ Ponce lamentaba el aislamiento de los conservadores exiliados, y temía que sus voces se perdieran en medio de un debate público tan agitado. En su perspectiva, lo que le motivaba a escribir era sobre todo el deber para con la patria.³⁶ Sin embargo, el ámbito de circulación de los folletos publicados por los exiliados en Colombia no se limitaba al sur del Cauca, también llegaban a Ecuador. Según González Páez, el panfleto de Ponce titulado *La Regeneración radical en el Ecuador* circuló en Quito a fines de 1898, poco después de su publicación en Pasto.³⁷

A la actividad editorial de los conservadores ecuatorianos, habría que sumar la del obispo de Pasto, Ezequiel Moreno Díaz, que en varias ocasiones empuñó la pluma para comentar la situación del Ecuador en sus cartas pastorales o en sus folletos. Moreno Díaz era muy cercano a Pedro Schumacher y lo defendió de los ataques de la prensa liberal ecuatoriana. Existía una gran proximidad ideológica entre los dos obispos, visible, por ejemplo, en los títulos de los extensos

opúsculos en los que condenaban el liberalismo: *¿Teocracia o demonocracia? ¿Cristo o Lucifer? ¿Quién ha de vencer? ¡Quién como Dios!*, de Schumacher, y *O con Jesucristo o contra Jesucristo. O catolicismo o liberalismo. No es posible la conciliación*, de Moreno Díaz.³⁸ Ambos presentaban el combate político en los dos países como una batalla entre el bien y el mal en la que no podía existir un punto medio. Sus escritos se inscribían en el discurso apocalíptico que caracterizaba a los conservadores ecuatorianos de fines del siglo XIX.³⁹

La amenaza que representaban los liberales parecía superar las fronteras. El clero de Manabí consideraba precisamente el triunfo de la Revolución liberal en Ecuador como el resultado de una conspiración masónica internacional, que incluía a los liberales ecuatorianos, colombianos, venezolanos y centroamericanos.⁴⁰ Los liberales se habían impuesto en Ecuador en 1895, mientras que en Colombia se levantaron contra los gobiernos de la Regeneración nacional a principios del mismo año y luego a partir de 1899, durante la Guerra de los mil días. Para Schumacher, el liberalismo era una plaga que podía contagiarse del Ecuador a la región de Pasto.⁴¹ La amenaza que representaban los escritos liberales provenientes de Ecuador pareció agravarse cuando empezó la Guerra de los mil días. En 1900, Moreno Díaz acusó a estos textos de contribuir a alimentar la rebelión liberal en el Cauca: “los pueblos fronterizos de esta Diócesis se han visto inundados de esa clase de papeluchos corruptores y asquerosos, frutos dignos de los masones y liberales del Ecuador. ¿Cuánto no han atizado esos papeluchos el fuego de la actual rebelión?”⁴²

Schumacher y Moreno Díaz consideraban entonces que la unión de los católicos, ya fueran colombianos o ecuatorianos, era indispensable para derrotar a los liberales. De la misma manera en que estos se organizaban a nivel internacional, el obispo de Portoviejo consideraba que era necesaria la unión entre cristianos: “hemos deseado, y mucho, que dos naciones católicas y vecinas se hubieran unido en noble amistad contra el enemigo común”.⁴³ El estallido de la Guerra de los mil días parecía ser la ocasión para que se concretara el deseo de Schumacher. Sin embargo, el acuerdo de 1900 entre el gobierno ecuatoriano y el colombiano puso fin a cualquier perspectiva de frente unido entre las autoridades colombianas y los exiliados ecuatorianos. En ese contexto, Moreno Díaz condenó el acuerdo, criticó al gobierno colombiano por pactar con el de Alfaro y resaltó el carácter cosmopolita y transnacional de la revolución que, a su entender, no reconocía fronteras y buscaba destruir los fundamentos de todos los Estados católicos. “También debe tener carácter cosmopolita la contrarrevolución que estamos en el deber de hacer los católicos”, añadía, puesto que “la soberanía de Jesucristo no se limita á una nación, sino que se extiende a todas”.⁴⁴

Los textos publicados por Schumacher en Colombia para deslegitimar el liberalismo tenían una función propagandística y buscaban dar sustento ideológico y

religioso a la contrarrevolución. No se trataba simplemente de denunciar lo que el obispo consideraba como los ataques del gobierno de Alfaro contra la Iglesia, sino de refutar el liberalismo como teoría política. Algunos escritos tenían una dimensión pedagógica y se estructuraban en torno a una serie de preguntas y respuestas, como los catecismos y los confesionarios usados desde el siglo XVI en la América española para la evangelización de los indios y la extirpación de idolatrías. Para Schumacher, no se trataba de combatir una idolatría, sino más bien la apostasía general provocada por las ideas modernas del liberalismo, pero mantuvo la misma estructura de los catecismos y los confesionarios en algunos folletos. El primero es un manual de educación moral que Schumacher ya había publicado en Guayaquil en 1890, titulado *La Sociedad civil cristiana*. En 1897, durante su exilio, logró publicar una segunda edición del libro en Perú, en Arequipa.⁴⁵ El segundo es un folleto titulado *El liberalismo confundido con sus doctrinas falsas y sus obras malas* que Schumacher publicó en 1897 en la imprenta de Clemente Ponce.⁴⁶ Ambas obras apuntaban a socavar las bases teóricas en las que se asentaba el liberalismo.

Una parte de la producción editorial de Schumacher en el exilio se enmarcó en una larga polémica que había empezado años antes con el médico liberal y masón Felicísimo López, originario de la provincia de Manabí, y que se extendió por cerca de ocho años, entre 1889 y 1897.⁴⁷ López era uno de los principales intelectuales radicales del Ecuador. Tras el levantamiento alfarista de 1884, tuvo que exiliarse en Perú, hasta que una amnistía le permitió volver en 1888. El enfrentamiento con Schumacher empezó al año siguiente. López defendió un periódico liberal condenado por Schumacher. Este prohibió entonces en las escuelas de su diócesis el uso de un manual sobre los derechos del hombre escrito por López. El conflicto fue escalando hasta que Schumacher excomulgó a López en 1890. A pesar de su enemistad con el obispo, López logró ser electo senador de la provincia de Esmeraldas, parte de la diócesis de Portoviejo, en 1893. Sin embargo, cuando el Senado se reunió al año siguiente, este decidió destituir a López por haber sido excomulgado. Schumacher no escondió su satisfacción, aunque esta sería efímera. Cuando un año más tarde, en 1895, los liberales tomaron el control de la Costa, salvo de la ciudad de Portoviejo, Alfaro envió a López como miembro de una comisión negociadora encargada de obtener la rendición del obispo y del batallón n°4 dirigido por Cornejo. Para Schumacher era una provocación intolerable. Se negó a entregarse a los liberales y junto con los soldados del batallón decidió retirarse a Quito, no sin antes advertir a los manabitas sobre la alternativa que se les ofrecía: “¡Escoged entre Dios y Satanás, pues de eso se trata!”⁴⁸ Una vez en Pasto, Schumacher publicó el folleto *¿Teocracia o demonocracia?*, en el que defendía la memoria del presidente conservador Gabriel García Moreno y atacaba a Alfaro, al que

reprochaba su voluntad de querer “poner fin a la teocracia”.⁴⁹ López refutó las afirmaciones de Schumacher en otro folleto, *Réplica al ex-obispo de Portoviejo*, en 1897.⁵⁰ En su debate con López, Schumacher se esforzó por deslegitimar los conceptos políticos que daban sustento al liberalismo, como el de soberanía popular o el de derechos del hombre.

Aunque no disponemos de elementos para determinar la manera en que esta polémica fue recibida a ambos lados de la frontera, está claro que tanto los folletos de López como los de Schumacher circulaban entre los dos países, pues los protagonistas de este enfrentamiento se leían mutuamente antes de escribir su réplica. Por lo demás, algunos folletos de Schumacher lograron circular más allá de Ecuador y Colombia. ¿*Teocracia o demonocracia?*, por ejemplo, se publicó en Perú por iniciativa del obispo de Loja, José María Masiá, también exiliado, y en Friburgo, donde Schumacher mantenía contactos.⁵¹

Un balance general de los textos publicados por los exiliados en Colombia que hemos podido consultar permite observar que contienen pocas menciones a la experiencia del exilio. Por lo general, estaban enteramente volcados al combate político y buscaban antes que nada presentar una imagen negativa del gobierno de Alfaro, tanto para el público colombiano como para el público ecuatoriano, exiliado o no. Los pocos autores que mencionaban la experiencia del exilio eran los eclesiásticos. El clero de Manabí presentaba su exilio en Colombia como el resultado de la persecución de los liberales. Los sacerdotes afirmaban: “nos hemos visto precisados por los excesos y furores del radicalismo revolucionario a salir del territorio ecuatoriano”. Recordaban con nostalgia la provincia de Manabí como “la viña del Señor de la cual nos arrojaron con brutal violencia”.⁵² Schumacher, por su lado, usaba términos semejantes.⁵³ Si bien en sus escritos no evocaba directamente su experiencia del exilio, Ricardo Cornejo deploraba la suerte de los conservadores emigrados, que comparaba con el éxodo de los judíos de Egipto: “no se columbra en la temerosa lontananza otro bien que un éxodo de la familia nacional, semejante al que en las edades bíblicas efectuó Moisés con el pueblo judío [...] para libertarse de la tiranía de los Faraones”.⁵⁴ Cornejo insistía en particular en las dificultades económicas de los exiliados: “ahí [están] esas playas extranjeras cubiertas de proscritos, devorados por la nostalgia, abrumados por la pobreza los más y por las enfermedades no pocos”.⁵⁵ Algunos textos revelaban el dolor del exilio: Schumacher lamentaba las “tribulaciones pasadas”; el clero de Manabí, los “terrores y las penalidades que nos causó la persecución”, mientras que Cornejo subrayaba el dolor provocado no solo por el exilio sino por la impotencia frente a las transformaciones producidas por los liberales en Ecuador.⁵⁶

El triunfo de la Revolución liberal al cabo de unos pocos meses en 1895 constituía el resultado de una serie de eventos precipitados difíciles de asimi-

lar para los exiliados conservadores. Una metáfora recurrente para calificar la aceleración de la historia desde 1895 era la de la tempestad. El clero de Manabí deploraba “la tempestad impía y revolucionaria” que había sumergido al Ecuador; Schumacher, la “tormenta que atravesamos huyendo ante la persecución radical”, mientras que Gabriel Sarasti, hijo del general José María Sarasti, afirmaba: “una série de acontecimientos y de desastres, en forma de tempestad, nos arrastraron; y cada cual arribó al Norte, para salvarse.”⁵⁷

En todo caso, los conservadores ecuatorianos veían su presencia en Colombia como algo meramente temporal. Se negaban a reconocer la legitimidad del nuevo Estado liberal y buscaron destruirlo por todos los medios. Estaban convencidos de que tarde o temprano terminaría imponiéndose la Restauración. Al usar este término, los conservadores exiliados retomaron una dicotomía del lenguaje político en uso desde hacía medio siglo: Regeneración y Restauración. Los liberales calificaban con frecuencia de “Regeneración” los pronunciamientos y las revoluciones que les permitieron llegar al poder. Tal fue el caso cuando José María Urbina, Veintemilla y Alfaro tomaron el poder en 1851, 1876 y 1895. Los conservadores, por el contrario, rechazaban este término y respondían a las pretensiones liberales de Regeneración con la idea de Restauración: el objetivo era restaurar el orden, especialmente la República del Sagrado Corazón, amenazada por Veintemilla y luego Alfaro. A partir de 1895, los conservadores usarían el término Restauración para calificar su campaña contra el primer gobierno de Alfaro.

Los conservadores estaban convencidos del inminente colapso del régimen liberal. Durante la gran campaña conservadora de fines de 1898 y principios de 1899, Ricardo Cornejo, tras ingresar en el territorio nacional con sus tropas, no dudó en anunciar “la última hora del Radicalismo opresor”.⁵⁸ Los hechos mostrarían, empero, que el advenimiento del régimen liberal era un fenómeno duradero al que era necesario adaptarse, una posición defendida, en el primer mandato de Alfaro, por una minoría de conservadores, como el obispo de Ibarra, Federico González Suárez.

Las dos almas del conservadurismo ecuatoriano

En este apartado nos concentraremos en la rivalidad entre Schumacher, representante del ala más intransigente de la Iglesia ecuatoriana, ahora exiliada, y Federico González Suárez, obispo de Ibarra, encarnación del ala moderada. González Suárez rechazó las reformas adoptadas por los liberales, como la abolición de los diezmos, la derogación del Concordato y el restablecimiento de la ley de patronato o el establecimiento del matrimonio civil y el divorcio.

Sin embargo, no cuestionó la legitimidad del nuevo orden liberal y condenó todos los llamados a derrocarlo por la fuerza. Debido a su actitud de apertura, nunca se vio en la necesidad de exiliarse y a lo largo de los años aprendió progresivamente a convivir con el régimen liberal.

La posición moderada de González Suárez lo llevó no obstante a enfrentarse con el obispo de Pasto, Ezequiel Moreno Díaz, y con los conservadores del sur de Colombia, ya fueran ecuatorianos o colombianos, especialmente en el marco de dos polémicas: la del colegio Bolívar de Tulcán entre 1896 y 1898 y la de su carta al vicario general de su diócesis en 1900. Los conservadores ecuatorianos exiliados en Pasto intervinieron poco en estos debates y no se atrevieron a atacar abiertamente a González Suárez, pero encontraron en el obispo Moreno Díaz y en los conservadores colombianos a sus principales aliados y portavoces, que emitieron críticas explícitas contra el obispo de Ibarra.

La diócesis de Ibarra abarcaba dos provincias de Ecuador, la de Imbabura y la del Carchi, cuyas capitales eran respectivamente Ibarra y Tulcán. Esta última ciudad careció de un establecimiento de educación secundaria hasta la creación del colegio Bolívar en 1894. El colegio empezó a ser frecuentado por estudiantes tanto ecuatorianos como colombianos que vivían en la provincia de Ipiales, pero cerca de Tulcán. Lo que desató la polémica fue la decisión del gobierno de Alfaro de entregar la dirección del colegio a Rosendo Mora, un educador colombiano que ya había dirigido un colegio en Ipiales, pero que había sido acusado por el obispo de Pasto de ser apóstata y de difundir doctrinas anticatólicas. Para escapar de las presiones que podía ejercer el obispo Moreno Díaz, Mora se había establecido en Ecuador, donde pensaba poder ejercer sus actividades educativas en mejores condiciones.

La polémica empezó cuando, a fines de 1896 y luego a principios 1897, el obispo de Pasto ordenó a los padres de familia colombianos que tenían hijos en el colegio Bolívar que los retiraran so pena de excomunión inmediata, ya que se trataba de un colegio público bajo el control de un Estado liberal, dirigido además por un hombre excomulgado. Su temor era que los estudiantes, al volver al territorio colombiano, corrompieran sus hogares con las teorías liberales de Mora a las que estaban expuestos en Tulcán. Una vez más, los escritos de Moreno Díaz presentaban al liberalismo ecuatoriano como una plaga capaz de corromper a su diócesis. La reacción de González Suárez no se hizo esperar: se quejó dos veces ante la Santa Sede por un conflicto de jurisdicciones. Consideraba que solo él, como obispo de Ibarra podía emitir un juicio sobre el colegio y no el obispo de Pasto. Estimaba además que el establecimiento avanzaba en el buen sentido, ya que las clases de religión eran impartidas por un cura nombrado por él mismo, de modo que la enseñanza no podía ser anticatólica. Es preciso recordar que solo en 1906 los liberales declararían la educación pública laica,

por lo que en los primeros años de la Revolución las clases de religión siguieron siendo obligatorias en los establecimientos públicos.

En menos de dos años, el asunto alcanzó proporciones desmedidas y se convirtió en una polémica transnacional.⁵⁹ El obispo de Ibarra fue atacado por los conservadores colombianos y solapadamente por Moreno Díaz, mientras que los conservadores exiliados no intervinieron en el debate. Ricardo Cornejo se limitó a escribir que si González Suárez defendía el colegio era porque Rosendo Mora había logrado engañarlo.⁶⁰ En todo caso, la polémica reveló la enemistad entre González Suárez y Moreno Díaz, que llegaron a recurrir al arbitrio de la Santa Sede para zanjar la disputa.

El posicionamiento de González Suárez volvería a provocar un intenso debate en Ecuador y en Colombia en 1900. En el marco de la Guerra de los mil días, una nueva invasión de las tropas colombianas y los exiliados ecuatorianos parecía inminente. En este contexto, González Suárez, preocupado por el riesgo de guerra en las provincias de su diócesis, publicó una carta abierta fechada del 31 de mayo de 1900 y dirigida a su vicario general, Alejandro Pasquel, en la que llamaba a los curas de su diócesis a abstenerse de apoyar una eventual invasión colombiana, caso contrario incurrirían en un crimen de lesa patria. Para González Suárez, no era lícito traicionar a la patria bajo el pretexto de defender la religión, pues no era posible obtener un bien mediante el crimen y el pecado. El obispo deploraba la guerra civil en Colombia y las escaramuzas entre los dos países y llamaba a sus sacerdotes a trabajar por la paz.⁶¹

Desde el sur de Colombia, Schumacher no se atrevió a criticar abiertamente la postura de González Suárez, pero en un nuevo folleto atacó una carta en que Alejandro Pasquel respondía al obispo de Ibarra afirmando compartir los mismos principios. Sin embargo, criticar a Pasquel equivalía a criticar a González Suárez. Schumacher consideraba que la Religión estaba por encima de la Patria y que la unión de todos los católicos era imprescindible para proteger la Religión. Como lo señalaba el título de su folleto, *Con Dios, por la religión y la patria!*, para Schumacher era necesario defender la Religión y la Patria de manera conjunta, y no subordinar la primera a la segunda.⁶² Un grupo de conservadores colombianos decidió igualmente terciar en el debate usando los mismos argumentos que Schumacher para criticar a González Suárez.⁶³ El obispo de Pasto, por su lado, no se quedó atrás y respondió en duros términos a González Suárez. Sin nombrarlo, Moreno Díaz denunció con vehemencia en un nuevo texto el falso patriotismo de quienes defendían la neutralidad entre Ecuador y Colombia: “¡Maldito sea mil veces el patriotismo que prefiere la patria á la Religión!”⁶⁴ Unas páginas más adelante, citaba casi textualmente la carta de González Suárez para burlarse de quienes reclamaban paz.⁶⁵ Para el obispo

de Pasto, no podía haber paz frente al liberalismo, porque este representaba una amenaza permanente contra la religión.

González Suárez perdió paciencia y en respuesta a Schumacher y Moreno Díaz publicó una versión de su carta a la que añadió largos comentarios. Denunció los ataques de los que había sido víctima, incluso por parte de miembros de la propia Iglesia: “de otras diócesis, así de dentro como de fuera de la República, se levantó una tempestad de insultos, de calumnias y de dicerios contra mí”.⁶⁶ Sin nombrarlo explícitamente, González Suárez criticaba en particular el folleto de Schumacher.⁶⁷ El obispo de Ibarra no se contentó con rechazar los ataques de los otros preladados, sino que buscó igualmente profundizar sus argumentos a favor de la no intervención del clero en una potencial invasión al Ecuador desde Colombia. González Suárez señalaba que el Código penal adoptado por el presidente conservador García Moreno en 1873, que seguía vigente a pesar de algunas reformas, definía claramente como delito de traición a la patria alistarse en ejércitos que invadieran el territorio nacional desde el extranjero. Brindar ayuda a las guerrillas conservadoras del norte era no solo traición a la patria sino un insulto a la memoria de García Moreno, figura tutelar del conservadurismo ecuatoriano. González Suárez afirmaba que la religión no era patrimonio de ningún partido y que por lo tanto el clero no podía participar en la política partidista.⁶⁸

Las fuentes disponibles no nos permiten determinar cómo las reflexiones de González Suárez fueron recibidas por los exiliados conservadores en Pasto, pero no hay duda de que los liberales ecuatorianos recibieron con agrado la posición del obispo de Ibarra y reprodujeron ampliamente su carta y la respuesta de Pasquel, que circularon en todo el país, incluso en ciudades lejanas como Loja.⁶⁹ El texto de González Suárez se transformó tal vez “en el documento polémico más citado y reproducido de la época”.⁷⁰ Su amplia difusión contribuyó a engrandecer el prestigio de González Suárez y a deslegitimar cualquier intento de invasión desde Colombia.⁷¹

Debido a su rivalidad, Schumacher y González Suárez terminaron representando dos tendencias divergentes del conservadurismo ecuatoriano, un ala intransigente, dispuesta a acabar con los liberales por todos los medios disponibles, otra dispuesta a negociar con el liberalismo, cuya llegada al poder era vista como una situación duradera a la que era necesario adaptarse. Al cabo de unos años, sería la posición moderada de González Suárez la que terminaría imponiéndose.⁷²

La contrarrevolución perdió terreno no solo por la influencia creciente de González Suárez, sino también por sus divisiones internas. Las antiguas rivalidades entre los conservadores y los progresistas, que se habían acentuado antes del triunfo de la Revolución liberal, no habían sido superadas. Muchos conser-

vadores desconfiaban, por ejemplo, del general Sarasti, por haber sido uno de los principales dirigentes progresistas y tener posiciones políticas moderadas cercanas al liberalismo: “de convicciones católicas, llamábase liberal; fue el apoyo, y como Ministro de Guerra, el sostenedor del progresismo; ocultador sagaz de su aversión a los conservadores”.⁷³

Sarasti llegó a Pasto en 1900 para reorganizar el Ejército restaurador bajo el mando de Ribadeneira, pero al poco tiempo surgieron fricciones entre los dos personajes, por cuestiones personales, por diferencias en cuanto a la estrategia a seguir, pero también por motivos políticos. Según González Páez, Sarasti deseaba esperar que se terminara la guerra civil en Colombia para poder atacar el Ecuador. El hijo de Sarasti afirmaba en cambio que fue Ribadeneira quien había interrumpido la campaña que estaba en marcha en la frontera.⁷⁴ En todo caso, una junta de notables conservadores reunida en Pasto y presidida por Ribadeneira decidió reorganizar el ejército del norte, en acuerdo con los conservadores exiliados en otros países, entre ellos, Antonio Vega. Ribadeneira decidió entonces cambiar de comandante en jefe. En ese momento, Sarasti y Ribadeneira terminaron su colaboración en muy malos términos.⁷⁵ González Páez acusaría años más tarde a Sarasti de haber querido actuar de manera independiente frente a Ribadeneira para reconstituir el progresismo y evitar el resurgimiento del conservadurismo.⁷⁶

La consecuencia del roce entre Ribadeneira y Sarasti fue doble. Por un lado, Sarasti quedó aislado del resto del bando conservador. Por otro, la ruptura entre los dos personajes desmoralizó a los conservadores, que decidieron suspender todo levantamiento armado contra el gobierno de Alfaro.⁷⁷ Para los conservadores, a fines de 1900 quedaba claro que era imposible deshacerse de los liberales por la fuerza.

Conclusión

De esta primera aproximación al exilio conservador ecuatoriano en Pasto, resalta el hecho de que, a fines del siglo XIX, la frontera entre Ecuador y Colombia era un espacio poroso por el que circulaban las personas, ya fueran ecuatorianas o colombianas, desde los estudiantes del colegio Bolívar, hasta los agentes de Ribadeneira, como González Páez, sin contar las tropas ecuatorianas y colombianas que cruzaron la frontera al inicio de la Guerra de los mil días. También circulaban las armas y los folletos que se leían a ambos lados de la frontera. En ese sentido, el sur de Colombia ocupó el mismo papel como refugio para los exiliados ecuatorianos que ya había desempeñado en periodos anteriores de la historia del Ecuador, como bajo García Moreno, Veintemilla o

los progresistas. Los conservadores no solo se refugiaron en un espacio con una larga tradición de acogida de exiliados ecuatorianos, sino que también buscaron reconquistar el poder recurriendo a varias prácticas políticas: la organización de comités encargados de organizar las diversas facciones del bando derrotado, las expediciones armadas contra el gobierno y una intensa actividad editorial con fines propagandísticos. Estas iniciativas, complementarias entre sí, no estuvieron desconectadas de los eventos en Ecuador y en Colombia. Por el contrario, se inscribieron en la lucha transnacional entre conservadores y liberales que superó las fronteras de los países andinos. Se fue configurando así una arena política transnacional en la que intervinieron actores de diversos orígenes: los conservadores colombianos, el obispo de Pasto, el clero de Manabí y los conservadores ecuatorianos exiliados en Colombia, el gobierno liberal del Ecuador o el obispo González Suárez.

Aunque, tras el triunfo de la Revolución liberal, la prioridad de los conservadores exiliados en Pasto era derrocar a los liberales, a partir de fines de 1900, las incursiones conservadoras desde Colombia prácticamente desaparecieron, debido a varios factores. Por un lado, el triunfo del liberal Leonidas Plaza en las elecciones presidenciales de 1901 demostró la solidez del nuevo régimen liberal. Plaza aprobó además una amnistía a la que se acogieron muchos conservadores, agotados tras cerca de seis años de enfrentamiento con los liberales (como Clemente Ponce, José María Sarasti, Ricardo Cornejo, Antonio Vega o Miguel Ángel González Páez). En sus memorias, González Páez elogió el decreto de amnistía “en cuyo mérito centenares de ecuatorianos desterrados, confinados y perseguidos, se devolvieron a sus hogares [...]; por lo que, respirando alguna libertad después de años de sufrimiento intenso, toda gente de honrado vivir volvió a ocuparse en sus negocios”.⁷⁸ González Páez también señala las disensiones internas entre los conservadores exiliados, y en particular la rivalidad entre Ribadeneira y Sarasti, como un factor clave para explicar el fracaso de la Restauración conservadora. En 1902, la muerte del obispo Schumacher, que daba sustento ideológico a las fuerzas restauradoras, también parecía marcar el fin de una era. Por último, habría que añadir la influencia creciente de González Suárez. Para 1904, todos los obispos del Ecuador habían fallecido y González Suárez fue nombrado arzobispo de Quito. Se produjo entonces una renovación generacional a la cabeza de la Iglesia ecuatoriana. Entre 1907 y 1908, fueron nombrados nuevos obispos en todas las diócesis del Ecuador. Se trataba esencialmente de prelados que eran discípulos de González Suárez y que eran más jóvenes que los obispos que habían combatido al gobierno de Alfaro.⁷⁹

Tras la separación de la Iglesia y el Estado, el clivaje central de la vida política ecuatoriana ya no estaba determinado por la disputa en torno a la secularización, sino por cómo resolver la cuestión social.⁸⁰ A partir de entonces, la

jerarquía eclesiástica impulsó la formación de asociaciones católicas de diversa índole, conocidas bajo el nombre de Acción Católica, que servirían de base a la reagrupación conservadora en los años siguientes y que tenían por objeto recristianizar la sociedad y contrarrestar la amenaza que representaba no solo el liberalismo, sino también el socialismo.⁸¹ Esta redefinición de la identidad conservadora no se gestó tanto entre los exiliados, sino entre los conservadores que habían permanecido en el territorio nacional, por ejemplo los círculos cercanos a González Suárez, que incluían tanto a los nuevos obispos como a varios dirigentes conservadores que jugarían un papel central en la reconfiguración del conservadurismo ecuatoriano en la entreguerra, como Jacinto Jijón y Caamaño o Julio Tobar Donoso.

En los últimos años de la Revolución, el conservadurismo no era el mismo que en 1895: aceptaba la existencia del Estado liberal y buscaba reconquistar el poder sometiéndose a las nuevas reglas del juego y esforzándose por recristianizar a la sociedad. En algunas ocasiones, los conservadores llegaron incluso a aliarse con los liberales moderados encabezados por Leonidas Plaza para deshacerse de su enemigo común, el liberalismo radical encarnado por Alfaro. Aunque no volverían a protagonizar invasiones desde Colombia, los conservadores no renunciaron a las armas. Cuando Alfaro volvió al poder en 1906, los placistas y los conservadores se aliaron para derrocarlo. Antonio Vega, por ejemplo, dirigió un levantamiento en el Azuay.

En todo caso, la experiencia del exilio y el fracaso de la Restauración llevaron a muchos dirigentes conservadores a aceptar el nuevo orden en el periodo de post-exilio e incluso a integrarse al Estado liberal, en el que consiguieron varios cargos. En 1905, Sarasti, por ejemplo, fue nombrado miembro de la Comisión codificadora de la legislación militar, junto con Eloy Alfaro, a quien había combatido por veinte años. A partir de 1910, Clemente Ponce se convertiría en uno de los diplomáticos más prestigiosos del país, especialmente por su pericia en el tema de límites territoriales, y colaboró con los gobiernos liberales para intentar resolver el problema de la frontera con Colombia y sobre todo Perú. En resumen, la experiencia del exilio en Pasto, pero también en Perú, en Panamá o en Chile, contribuyó a transformar la naturaleza del conservadurismo ecuatoriano empujándolo a reformular su estrategia política y su relación con el Estado liberal.

Notas

1. Carlos Espinosa, “Ecuador se inserta en el sistema de Estados: las relaciones internacionales de Ecuador entre 1830 y 1870”, en Beatriz Zepeda (comp.), *Ecuador: relaciones internacionales a la luz del bicentenario* (Quito: FLACSO sede Ecuador, 2009), p. 96.
2. Ibid.
3. Juan Maiguashca, “El proyecto garciano de modernidad católica republicana en Ecuador, 1860-1875”, en Marta Irurozqui (ed.), *La mirada esquiva: reflexiones históricas sobre la interacción del Estado y la ciudadanía en los Andes* (Madrid: Consejo Superior de Investigación Científica, 2005), pp. 233-259.
4. Cristóbal Aljovín de Losada y Carlos Espinosa Fernández de Córdova, “Conservadurismo católico en clave romana: Ecuador, 1860-1895”, *Ayer. Revista de Historia contemporánea*, n° 119 (2020), p. 48-49.
5. Carlos Espinosa Fernández de Córdova y Cristóbal Aljovín de Losada, “Conceptos clave del conservadurismo en Ecuador, 1875-1900”, *Anuario colombiano de Historia social y de la cultura*, 42:1 (2015), p. 190.
6. Fernando Hidalgo Nistri, *La República del Sagrado Corazón. Religión, escatología y ethos conservador en Ecuador* (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador-Corporación Editora Nacional), pp. 230-231. Subrayado en el texto.
7. Carlos Espinosa Fernández de Córdova y Cristóbal Aljovín de Losada, “*Non possumus*: los repertorios políticos del clero en la disputa por la secularización en el Ecuador posgarciano (1875-1905)”, *Historia*, 50:2 (julio-diciembre de 2017), pp. 471-490.
8. Ibid., pp. 478-484 y 488-490.
9. Proscritos ecuatorianos, *La Revolución en el Ecuador* (Lima: Imprenta Torres Aguirre, 1900), p. 15.
10. Miguel Ángel González Páez, *Memorias históricas. Génesis del liberalismo, su triunfo y sus obras en el Ecuador* (Quito: Editorial ecuatoriana, 1934), pp. 222-223 y 231.
11. Ibid., p. 224 y 234-235.
12. Ibid., p. 221.
13. José María Sarasti, *Los pentaviros y Alfaro* (Quito: Imprenta del gobierno, 1884), p. 4.
14. Ibid.; Eloy Alfaro, “Ecuador. La Regeneración y la Restauración”, en *Narraciones históricas* (Quito: Corporación Editora Nacional, 1992), pp. 69-268.
15. González Páez, *Memorias históricas*, p. 408.
16. Ricardo Cornejo, *La retirada del n°4* (Pasto: Imprenta de Ramírez, 1898).
17. Enrique Ayala Mora, *Historia de la Revolución liberal ecuatoriana* (Quito: Corporación Editora Nacional-Taller de Estudios Históricos, 2002), p. 109.
18. Gabriel Sarasti, *Explicación necesaria* (Ipiiales: s. e., 1900), p. 6.
19. González Páez, *Memorias históricas*, pp. 221-434.
20. Ricardo Cornejo, *Ricardo Cornejo, comandante general de la División Restauradora del Norte a sus valientes camaradas* (Ibarra: Imprenta libre, 1899).
21. González Páez, *Memorias históricas*, pp. 240, 243 y 408.
22. Ibid., pp. 409, 416 y 427.
23. Ibid., pp. 385-386 y 408-410.
24. *Informe que el ministro de Guerra y Marina dirige al Congreso del Ecuador en 1899* (Quito: Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios, 1899), pp. 4-8; *Registro oficial*, 26 de enero de 1899, pp. 6286-6287; Ayala Mora, *Historia de la Revolución liberal*, pp. 121 y 362.

25. Existen algunos estudios sobre las relaciones entre Colombia y sus vecinos, Venezuela y Ecuador, durante la Guerra de los mil días. Nos contentaremos con citar: William M. Sullivan, "Colombian-Venezuelan Relations, 1900-1902", *Caribbean Studies*, 15:3 (octubre de 1975), pp. 78-97; Rafat Ghotme, "Relaciones internacionales de las guerras civiles, Colombia, 1885-1903", *Revista de relaciones internacionales, estrategia y seguridad*, 2:1 (enero-junio 2007), pp. 13-50.
26. *Registro oficial*, 31 de marzo de 1900, pp. 8025-8027; *Registro oficial*, 24 de agosto de 1900, pp. 8938-8940; *Informe del ministro de Guerra y Marina al Congreso nacional de 1900* (Quito: Imprenta nacional, 1900), pp. 4-7.
27. *Registro oficial*, 25 de agosto de 1900, pp. 8949-8952.
28. *Informe del ministro de Guerra al Congreso de 1900*, p. 7; Sarasti, *Explicación necesaria*, pp. 3-5.
29. Espinosa, "Ecuador se inserta en el sistema de Estados", p. 96-97.
30. *Registro oficial*, 28 de noviembre de 1898, pp. 5979-5980; *Registro oficial*, 29 de noviembre de 1898, pp. 5984-5985.
31. *Informe del ministro de Guerra al Congreso en 1899*, p. 5.
32. Anónimo, *Ah, tiemblo yo mismo el día de las venganzas!* (Quito: Imprenta de *El Pichincha*, 1898), p. 1.
33. González Páez, *Memorias históricas*, p. 380-381.
34. *Exposición de los sacerdotes de Manabí* (Pasto: Imprenta de la diócesis, 1895); Pedro Schumacher, *Con Dios, por la religión y la patria!* (Pasto: Imprenta de la verdad, 1900).
35. *La Patria*, 15 de marzo de 1897, p. 1.
36. *Ibid.*, pp. 4-5.
37. Clemente Ponce, *La Regeneración radical en el Ecuador* (Pasto: Tipografía Santander, 1898); González Páez, *Memorias históricas*, pp. 333-334.
38. Pedro Schumacher, *¿Teocracia o demonocracia? ¿Cristo o Lucifer? ¿Quién ha de vencer? ¿Quién como Dios!* (Pasto: Imprenta de la diócesis, 1896); Ezequiel Moreno Díaz, *O con Jesucristo o contra Jesucristo. O catolicismo o liberalismo. No es posible la conciliación* (Pasto: Imprenta de Clemente Ponce, 1897).
39. Hidalgo Nistri, *La República del Sagrado Corazón*, pp. 230-231.
40. *Exposición de los sacerdotes de Manabí*, p. 2.
41. Pedro Schumacher, *El liberalismo confundido con sus doctrinas falsas y sus obras malas* (Pasto: Imprenta de Clemente Ponce, 1897), pp. VIII-IX.
42. Ezequiel Moreno Díaz, "Undécima carta pastoral con ocasión de la Cuaresma del año 1900", en *Cartas pastorales, circulares y otros escritos del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz* (Madrid: Imprenta de la Hija de Gómez Fuentenbro), p. 217.
43. Schumacher, *Teocracia o demonocracia*, p. 85.
44. Ezequiel Moreno Díaz, "Tercera circular en la que se refutan ciertos errores contenidos en papeles impresos que circularon por los pueblos de la Diócesis", en *Cartas pastorales, circulares y otros escritos de Ezequiel Moreno y Díaz*, p. 233.
45. Pedro Schumacher, *La sociedad civil cristiana según la doctrina de la Iglesia romana. Texto de enseñanza moral para la juventud de ambos sexos* (Arequipa: Tipografía Mercantil, 1897).
46. Schumacher, *El liberalismo*.
47. Esta polémica ya ha sido analizada bajo varios ángulos, por ejemplo, el debate en torno al darwinismo. Véase Elisa Sevilla y Ana Sevilla, "Ángeles caídos o animales perfectibles: el darwinismo en las disputas entre liberales y conservadores en el Ecuador (1875-1895)", en Nicolás Cuví, Elisa Sevilla, Rosaura Ruiz y Miguel Ángel Puig

- Samper (eds.), *Evolucionismo en América y Europa* (Quito: FLACSO-PUCE, 2016), pp. 256-261.
48. Pedro Schumacher, “Carta Pastoral del Ilmo. Sr. Obispo de Portoviejo, contra el radicalismo”, *Boletín eclesiástico*, n°17 (20 de julio de 1895), p. 290.
 49. Schumacher, *Teocracia o demonocracia*, p. 1.
 50. Felicísimo López, *Réplica al ex-obispo de Portoviejo* (Guayaquil: Tipografía Guayaquil, 1897).
 51. Schumacher, *Teocracia o demonocracia* (Lima: Imprenta y librería de San Pedro, 1897), (Arequipa: Imprenta de La Bolsa, 1897), (Brisgovia: B. Herder, 1897).
 52. *Exposición de los sacerdotes de Manabí*, p. 1.
 53. Schumacher, *Teocracia o demonocracia*, p. 3.
 54. Ricardo Cornejo, *Vera effigies* (Barbacoas: s. e., 1898), p. 10.
 55. Cornejo, *Vera effigies*, p. 25.
 56. Schumacher, *Con Dios*, p. 41; *Exposición de los sacerdotes de Manabí*, p. 1; Cornejo, *Vera effigies*, p. 23.
 57. *Exposición de los sacerdotes de Manabí*, p. 1; Schumacher, *El liberalismo*, p. XII; Sarasti, *Explicación necesaria*, p. 15.
 58. Cornejo, *Ricardo Cornejo*.
 59. Un análisis más detallado de esta polémica se encuentra en Emmanuelle Sinardet, “Polémique autour du Collège de Tulcán: de 1896 à 1898”, *América: Cahiers du CRICCAL*, n°21 (1998), pp. 265-273.
 60. Cornejo, *Vera effigies*, p. 30.
 61. *Para los católicos* (s. l.: Imprenta de “El Diario”, 1900).
 62. Schumacher, *Con Dios*, pp. 2, 7-8 y 21-22.
 63. *Contestación á una que dicen ser carta del Ilmo. Sr. Obispo de Ibarra* (Pasto: Imprenta de la verdad, 1900).
 64. Moreno Díaz, “Tercera circular en la que se refutan ciertos errores”, p. 237.
 65. *Ibid.*, p. 241.
 66. *Cuestiones palpitantes II. Carta del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Don Federico González Suárez, obispo de Ibarra, á su vicario general* (Quito: Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios, 1900), p. 108.
 67. *Ibid.*, p. 109.
 68. *Ibid.*, pp. 35-42.
 69. *Alcance a “El Republicano” n°16* (Loja: Tipografía Republicana, 1900).
 70. Ayala Mora, *Historia de la Revolución liberal*, p. 363.
 71. *Ibid.*, p. 366.
 72. *Ibid.*, p. 366-367.
 73. González Páez, *Memorias históricas*, pp. 430-431.
 74. *Ibid.*, pp. 420-421; Sarasti, *Explicación necesaria*, p. 5.
 75. *Ibid.*, pp. 8-17.
 76. González Páez, *Memorias históricas*, pp. 416.
 77. *Ibid.*, p. 431.
 78. *Ibid.*, p. 443.
 79. Ayala Mora, *Historia de la Revolución liberal*, p. 366-367.
 80. Carlos Espinosa Fernández de Córdova, “Repensar la derecha: democracia cristiana, corporativismo e integralismo en Ecuador en la entreguerra (1918-1943)”, *Historia 396*, n°2 (2018), pp. 59.
 81. *Ibid.*, p. 64-66; Ayala Mora, *Historia de la Revolución liberal*, p. 370.